

Ocurrió en Valencia

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Hace ya unos años, no muchos, cuatro o cinco serán, *Ricard Pérez Casado*, alcalde de Valencia que recientemente ha dimitido del cargo por voluntad propia, vale decir, sin presiones de su propio partido, sino por desacuerdo con las directrices de la *Generalitat* valenciana en materia de urbanismo de la ciudad, me llamó por teléfono. El Ayuntamiento había decidido quitar de la hasta entonces llamada *Plaza del Caudillo* una estatua a caballo del dictador. Pero un grupo de nostálgicos del antiguo régimen, los *blaveros* (azulones, mejor que azules, sería la traducción castellana), se oponía a ello, empleando la violencia física. *Ricard Pérez Casado* quería que sus amigos demócratas supiésemos que él no se echaba atrás, y que el adhesivo escultórico se iba de allí. Eso fue lo que finalmente ocurrió, y no sin fatigas, pero a la llamada de mi amigo el alcalde, respondí, casi de inmediato, con el siguiente epígrama, titulado *Agravio público*, para que circulase por Valencia: «*El general fue un hombre odiado / y aún sigue ahí su estatua ecuestre: / es indignante y no por su残酷 / sino porque él fue siempre un pésimo jinete.*»